



## UN PLATONISMO SIN *KHORÁ*.

(3 de Diciembre de 2019).

Por Gonzalo Díaz Letelier

Y hay un tercer género siempre-siendo, el del *no-lugar que da lugar* [*khora*], que no admite corrupción y da ocasión a todo lo que nace, siendo captable de un modo no sensible por un razonamiento singular. Es así difícilmente creíble, pues al considerarlo soñamos y decimos que necesariamente todo lo ente que es en algún donde es en algún lugar, y que lo que se sustrae como lugar, es decir, lo que no está ni en la tierra ni en el cielo, es nada. Platón<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Platón, «*Timaeus*», 52b, en *Platonis Opera*, tomo IV, texto griego establecido por John Burnet, Oxford University Press, Oxford, 1903. La traducción de este pasaje del griego al español es nuestra.

Los traductores de Platón al español tienden a cometer la precipitación de traducir el siempre-siendo (*aei on*) griego por el latino *aeternitas*, lo que implica en el plano de la ontología a desplazarse desde el mundo griego antiguo –donde hallamos la pregunta por la inmanencia del acontecimiento, de la *physis*– hacia el mundo medieval de la teología cristiana, esto es, al ámbito de la pregunta por lo sobrenatural, por lo que trasciende la *physis: trans-ascendere naturam*. Tal precipitación en la traducción se lleva a cabo, usualmente, siguiendo la autoridad del helenista inglés Francis Cornford.<sup>2</sup>

\* \* \*

En una columna publicada hace unos días,<sup>3</sup> Manfred Svensson (U. de Los Andes, IES) ha ilustrado una escena de Chile como un país incendiado por “turbas” que no sólo atacan símbolos del abuso económico y a las fuerzas de orden, sino también, cuales hordas bárbaras y crueles, las han emprendido contra símbolos culturales –universitarios, eclesiásticos, monumentales, etc. Como si el abuso económico y la defensa armada de su orden no fueran parte de una cultura que se tramita precisamente como un gobierno económico de la vida sostenido por la “fuerza espiritual” (Alberto Edwards) más o menos nihilizada de elites autoritarias, patriarcales.

En cualquier caso, Svensson caracteriza esta violencia como propia de una “revolución gnóstica”, una instrumentalización de la violencia desde una comprensión del mal del mundo no como *defecto* de bien (lo que falta, por ejemplo la enfermedad es un mal en cuanto defecto de salud, siendo la salud un bien), sino como algo *substancial* (algo auto-subsistente a lo que hay que combatir). “¿Pero qué clase de revolución es ésta, entonces?” –se pregunta Svensson. Una revolución de “gnósticos modernos”<sup>4</sup> que creen que existe el mal y que el mundo es un campo de batalla entre el bien y el mal. El gnosticismo sería, según Svensson, siguiendo a Voegelin, un modo del pensamiento que caracterizaría a los cristianos de los primeros siglos –subvirtiéndolo el orden imperial romano– y a los modernos en su dimensión política revolucionaria –subvirtiéndolo el orden moderno del capital hasta los tiempos sobreideologizados de la Guerra Fría. “Nuestro mundo –escribe Svensson– era el escenario de lucha entre esos dos poderes, más que un orden caído,

---

<sup>2</sup> Francis Cornford, «*Plato's Cosmology: The Timaeus of Plato*», Oxford University Press, Oxford, '1903, p. 98, nota 1.

<sup>3</sup> Manfred Svensson, «*Una revolución gnóstica*», en The Clinic, 25 de Noviembre de 2019.

<sup>4</sup> Eric Voegelin, «*The New Science of Politics. An Introduction*», University of Chicago Press, London, '1952.

pero original y sustancialmente bueno (para los cristianos el demonio nunca fue más que un ángel caído)”.

Por contraste con el gnosticismo, Svensson recurre al dogma cristiano que se irá estableciendo del mundo como un “orden caído, pero original y sustancialmente bueno”. Tal cual opera la *filosofía de la historia del capital* (Villalobos-Ruminott) en la utopía liberal clásica como proyección del orden westfaliano,<sup>5</sup> es decir, en cuanto narración ontologizada o *diégesis* como catecismo: la relación entre capitalismo (orden epocal trascendentalizado) y guerra (mal) es una relación coyuntural y anómala, pretérita o superable. El orden moderno del capital sería, por tanto, *perfectible*, mas *no destituable* en principio. Tampoco el orden del capital sería un mal exterior a nosotros, sino *un orden en el que fácticamente existimos y al que correspondemos “en la medida de lo posible”, “cada uno en su medida”*... por lo que sólo cabría perfeccionar nuestra vida personal en su espíritu. El resto sería gnosticismo, “hostilidad y resentimiento” como afectos de un “sueño de liberación final” abstraído, volado, alienado de la segura facticidad y dispuesto así a un temerario *salto al vacío*. Svensson: “Si en el gnosticismo antiguo este rechazo del mundo conducía a la búsqueda de una redención trascendente, el gnosticismo moderno está marcado por una orientación mucho más inmanente y nihilista. Quien lee los mensajes que ahora cubren kilómetros de paredes de nuestras ciudades encuentra ahí no solo reclamos concretos y atendibles, sino también el deseo de ver arder todo; encuentra ahí no solo el anhelo de que algo mejor emerja de las cenizas, sino también la sugerencia de que sabemos que así será, una certeza que permite sacrificar todo sin dudas ni temor –o hacer que otros lo sacrifiquen”.

El miedo como pasión política –motivo clásico en Thomas Hobbes– aparece aquí en su modulación poetizada desde las elites dominantes como salto al vacío, terror de alta mar u horror ante el abismo. Tal motivo es un sello característico de los discursos de pensadores chilenos conservadores como Jaime Guzmán o Alberto Edwards, entre muchos otros. La fórmula reza: ante el abismo, restituir la autoridad. Escribe Alberto Edwards: “El mundo ha llegado a uno de estos momentos solemnes en que la fe de los más atrevidos nautas vacila, y en que cada cual se pregunta si el derrotero que nos lleva con fatalidad inflexible, conduce a otra parte que al caos y a la muerte. (...). / Ante ese abismo se alza un hombre justo y fuerte, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeudado a partido alguno, y que, además, mejor que nadie garantiza lo que para el país ahora es esencial: la

---

<sup>5</sup> Gonzalo Díaz Letelier, «*Capitalismo y guerra I. La utopía liberal clásica*», en sitio electrónico Machina et Subversio Machinae (8 de septiembre de 2019).

permanencia de una autoridad normalmente obedecida y respetada”.<sup>6</sup> La proposición violenta del fundamento. Para el caso actual el tópico no cambia esencialmente si se reemplaza la figura de un presidente o general virtuoso dotado de plenos poderes por la de un parlamento bien alineado en la forma de un “partido del orden” elitista y/u oligárquico.<sup>7</sup>

Svensson ablanda su schmittianismo prescribiendo sus advertencias frente al gnosticismo partisano y ultrón, recordando que es mejor el consenso en torno a un orden fáctico fundamental y perfectible que el enfrentamiento amigo/enemigo en caso de que haya *necesidad* de poner orden frente a los temerarios *saltos al vacío* de la imaginación popular. Ello no aplaca, claro está, el hecho de que su exhortación tenga una cadencia ominosamente policial. “Desde Platón –escribe Svensson– la filosofía presentó una alternativa sencilla al programa gnóstico: que en lugar de adaptar el mundo a nuestros deseos, nuestra tarea es adaptar el alma al orden de la realidad. Hoy, sobra decirlo, tal sugerencia puede hasta sonar ofensiva. Tal vez tenemos demasiado que reformar de la realidad antes de que esa sugerencia pueda volver a ser escuchada a viva voz. Pero en algún momento el orden público va a dejar de ser nuestra preocupación más urgente, y la pregunta por el orden del alma

---

6 Alberto Edwards, «*La fronda aristocrática*», Editorial Universitaria, Santiago, 1982, pp. 135 y 291.

7 Una ilustración de esta cuestión táctica –o si se quiere, sobre los acomodos estratégicos de la derecha– se halla en la historia de la guerra civil de 1891. Así lo relata Renato Cristi: “Al final de la guerra civil los grandes ganadores, en términos estrictamente políticos, son los conservadores ultramontanos y aquellos liberales opuestos al autoritarismo presidencial. Un nuevo régimen, que concentra el poder político en el Parlamento en desmedro del poder antes sustentado por los Presidentes queda firmemente establecido. Lo que se derrumba es la dictadura legal de los Presidentes instaurada por Portales. Las ganancias de los partido-nacionales son ambiguas, puesto que ha sido el modelo político sustentado por el Partido Nacional el que ahora se encuentra en bancarota. Los conservadores que aparecen como los principales vencedores no tienen nada que ver con los viejos conservadores que triunfan en Lircay y gobiernan con Prieto, Bulnes y Montt. Los nuevos conservadores son ultramontanos que han intentado diluir el poder absoluto de los Presidentes. Su programa incluye el establecimiento de la comuna autónoma, una forma de corporativismo entroncada con la *thèse nobiliaire*. Pero más importante es la traducción política que hacen de esta tesis social. Los conservadores buscan la dominación del ejecutivo por parte del Parlamento. Su triunfo significa la exacta contramoneda del régimen balmacedista. Este intentaba reformas democrático-sociales desde arriba, es decir, desde un Estado poderoso que se apartaba del incipiente desarrollo democrático político de los últimos años. El movimiento conservador triunfante en 1891 perfecciona la democracia política en Chile sólo para sacrificar los notorios avances democrático-sociales del balmacedismo. Balmaceda había asumido la totalidad del ideario portaliano, es decir, un gobierno fuerte y autoritario, para imponer desde allí su particular visión de desarrollo social y económico para Chile” (Renato Cristi, “*El pensamiento conservador de Alberto Edwards. Del conservantismo liberal al conservantismo revolucionario*”, en Renato Cristi & Carlos Ruiz, «*El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*», Editorial Universitaria, Santiago, 2015, p. 26).

tendrá que volver a ocupar ese lugar. La alternativa de los filósofos, entretanto, se puede al menos susurrar”.

Si la facticidad histórica que nos toca es un “orden caído, pero original y sustancialmente bueno”, es decir, si la modernidad capitalista la vivimos como una religión (Walter Benjamin), como sea calculante y sin dogma dentro de su marco, entonces su marco u orden principal, por muy nihilizado que devenga (principio de razón suficiente incondicionado), operará como norma en relación con una antropología metafísica de la corrupción original del hombre que se expresa como deuda y culpa. Curiosa aparición de la idea agustiniana y luterana del pecado original como irrevocable corrupción de la naturaleza humana –mas no del individuo que encarna el orden como norma de vida personal (“nuestra tarea es adaptar el alma al orden de la realidad”, dice el Platón de Svensson). De modo que “en algún momento –escribe Svensson– el orden público va a dejar de ser nuestra preocupación más urgente, y la pregunta por el orden del alma tendrá que volver a ocupar ese lugar”. Primero poner en orden los cuerpos, para luego interiorizar tal orden en las almas. El hábito que sigue al castigo, la biopolítica más o menos pastoral o gubernamental que sigue a la producción de mundo como obra o trabajo de muerte (*work of death*).

Toda la moderna antropología política del miedo se cifra en el terror de un salto al vacío. Que ante todo es miedo del hombre al hombre (en Hobbes, del *homo lupus homini est* se sigue el *bellum omnium contra omnes* como condición y mal del estado de naturaleza). Ahora asalta una pregunta: ¿qué clase de salto al vacío es el que teme Svensson? Para Platón el ser es la estabilización ideal de lo sensible desde el abismo de la *khorá* –el no-lugar que da lugar infinitamente a todo lo que nace. Quizás el salto al vacío que teme Svensson no sea sino el salto a la *khorá* de la que susurra Platón, que sólo puede ser temida desde *un platonismo sin khorá*, un platonismo cristiano y temeroso del abismo satánico de lo social. Un platonismo cristiano que ha hecho de la historia *el avance de la ciudad de Dios sobre el paganismo*. Historia que, en la medida en que el mal ya no se comprende ontológicamente como substancia, sino como falta o defecto, llega a establecerse como la historia de la culpabilización y el cumplimiento de la deuda. Historia del progreso providencial del triunfo del bien sobre el mal, será el canto de la gloria de lo eterno sobre lo cadente, esto es, *la realización de lo eterno en el tiempo*.

Lo anterior expresa una determinada relación existencial entre vida y poder, entre vida y texto, entre vida y forma-ley, entre vida y tiempo. Se trata de una

relación cifrada en una metafísica del sujeto (autor, persona) y de la presencia (estabilidad ontológica del orden de las palabras y las cosas, y de la idea de lo humano en particular, en sus sucesivas crisis y rearticulaciones).<sup>8</sup> Metafísicas del sujeto y la presencia articuladas por una precomprensión progresivo-trascendental y excepcionalista-sacrificial del tiempo histórico. Pero la *khorâ* susurrada por Platón es un tercer género de entidad siempre-siendo (*aei on*), es decir: no “eterno”, sino más bien *aconteciendo* (*physis*) como potencia infinita en medio de la facticidad. La *khorâ* nombra el medio que, dando lugar a la estabilización ideal de lo sensible, se mantiene *sustraído* de todo régimen de captura fotológica o capitalización representacional, posibilitando su diseminación. Como medio acontecimental de “lo ideal” y “lo sensible” –y no reduciéndose a ninguna de sus *eventuales relaciones miméticas o de participación*–, ahí “está” la *khorâ*: el *no-lugar que da lugar*, que “no admite corrupción y da ocasión a todo lo que nace” (Platón, «*Timaeus*», 52b).

Platón en estos pasajes cosmológicos señala hacia una dinámica cósmica (*kósmos*) del acontecimiento del ser (*physis*), entre el devenir cadente y diferencial de lo que se muestra (*fainomenon*) y la estabilización lógica de lo mismo (*idea*). En este sentido, los helenistas cristianos sí que han dado un salto, en virtud de la disparatada traducción de Platón que apuntábamos al comienzo (de *aei on* por *aeternitas*): del pensamiento del devenir y la estabilización del acontecimiento en su inmanencia (la pregunta por el *arché* de la *physis* en Platón) han saltado a la metafísica de la presencia, de la pura presencia sin sustracción –como estabilidad fija e inmutable, atemporal y ahistórica, pura actualización de lo originariamente presente (gloria, *parousía*). Lo sobrenatural, la forma separada y gobernante de la materia.

Si pensamos la relación cosa/idea sin ese tercero sustraído (la *khorâ*), entonces el pensamiento adquiere la contextura de la metafísica de la presencia en el plano de la concepción de la “verdad” (traduciéndose de la *alétheia* griega a la *veritas* romana: la verdad como *adaequatio intellectus ad rem*), con sus efectos políticos (imperialidad latina, *imperium, dispositio*) y antropológicos (*persona, communitas-immunitas*). La *khorâ* de Platón puede funcionar, pues, como cifra para pensar la posibilidad diferencial que da lugar al mismo tiempo que disemina

---

<sup>8</sup> Una relación similar entre vida y forma aparece en el discurso de Sylvia Eyzaguirre (Centro de Estudios Públicos), quien dice de sí ser una “hereje”, criticada por sus inquisidores por no ser suficientemente partidaria –gnóstica, diría Svensson– y tener más preguntas que certezas; sin embargo, cuando se le interpela en relación con las violaciones a los derechos humanos, la investigadora liberal del CEP se demora poco en recurrir al expediente de la “razón de Estado” y la primordial necesidad del orden público. Ver Sylvia Eyzaguirre, “Herejía”, Diario La Tercera, 30 de Noviembre de 2019.

todo orden fáctico, y puede expresar la potencia de la imaginación popular que es capaz de *vivir más allá de la ley* (Baruch Spinoza), es decir, de relacionarse con la forma-ley en el *uso común* y no en la *obediencia* a un orden anterior a la vida, clasificatorio y jerarquizante de la misma.

Metafísica de un dios y sus encarnaciones históricas que dan la medida del orden a la economía de la presencia del caso y de su correspondiente metafísica de la corrupción originaria del hombre. He ahí el esquema de la teo-onto-antropología como régimen metafísico de deuda. Si los gnósticos buscaron finalmente la salvación fuera de este mundo, fueron precisamente los cristianos en las líneas fuertes de su deriva católico-romana y protestante quienes, lejos de tal ascetismo, afinaron históricamente la máquina teológica e institucional de una religión enteramente gubernamental, máquina que hizo del orden del Padre algo de lo cual cada *alma* desde lo más íntimo da testimonio. *Obrando para realizar el reino de Dios en la tierra*, en el tiempo de la historia vivido cual drama providencial de la salvación, la vida en común acaece así en el seno de una gran guerra civil que no pueden ganar sino las fuerzas del bien –pues el bien coincide con la eternidad y la paz gloriosa de *la verdadera vida*,<sup>9</sup> mientras que el mal lo hace con la falta y la contingencia, la violencia del movimiento discordante y la mortalidad de la vida animal. Ya decía Petrarca, a propósito de esta relación entre vida, forma y tiempo: “¿Qué otra cosa hay en toda la historia, pues, que no sea la alabanza de Roma?”<sup>10</sup>

Para desviarnos del dogma teológico agustiniano de la corrupción originaria de la naturaleza humana –supuesto antropológico-metafísico que funda su condición de animal domesticable a través de la deuda interiorizada–, quizás podríamos volver a pensar en el paradigma político de Dante Alighieri, eliminado por el agustinismo: el paraíso terrenal como morada originaria de la humanidad.<sup>11</sup> De una humanidad heteróclita y diferencialmente figurante que se pueda expresar, por caso, en *una república salvaje con instituciones defectivas*, es decir, articulada anepocalmente sobre de la base defectiva de una anarquía existencial que haga posible una vida en común, pero donde se pueda expresar el conflicto con las formaciones dispositivas políticas (soberanía, autoridad excepcional) y económicas (gubernamentalidad, reino del capital sobre el trabajo, reino de la mercancía sobre el uso, reino de la norma de vida personal sobre la carne y la imaginación como

9 Biblia, evangelio de Juan, 14:6. Jesús: “Yo soy el camino y la vida, la verdadera vida”.

10 Francisco Petrarca, «*Invectiva contra eum qui maledixit Italie*», Marsilio Editori, Venezia, 1995.

11 Giorgio Agamben, “*Los modos están en Dios*”, entrevista con Gerardo Muñoz, en Revista Papel Máquina, n.º 12 (diciembre 2018), pp. 112-113. Ver también Paul North, «*The Yield. Kafka's Atheological Reformation*», Stanford University Press, Stanford, 2015.

potencia común del animal). Reducir la asimetría entre capital y trabajo, o desactivar la relación capital/trabajo en la producción; liberar el tiempo del reino del trabajo y la mercancía para propiciar otros tipos de encuentros y desvíos en los relacionamientos; que la justicia más allá del derecho pueda buscar expresión en una Constitución popular que reinvente el estatuto mismo de la potencia instituyente y de la institución de la forma-ley que de ella deviene, de modo que el aparato-Constitución no se inmune juristocráticamente –vía teólogos, juristas, militares y filósofos pretorianos– contra la potencia anárquica de los conatos democratizantes. Se trata de suscitar la experiencia de *una forma de vida en común que mantenga abierto lo posible más allá de todo régimen*; una forma de vida en común en que la multiplicidad y multiplicación de los singulares no sea lo mismo que la reproducción de individuos infinitamente postproducidos en su variedad dentro de la norma (personas); una forma de vida en común que en lugar de ello desborde la robinsonada existencial de una vida aislada, de esa “esfera –escribe Sergio Villalobos-Ruminott– que invisibiliza el sufrimiento del mundo, esfera en la que converge el modelo cosmético de una vida sin tiempo y la pretensión cristiana de una existencia sin violencia”.

Hoy precisamos repensar la democracia, en un contexto donde el orden que se nombra con tal palabra se halla sobredeterminado por el régimen neoliberal global. ¿Cómo pensar una *democracia salvaje*, emancipada de las gramáticas pastorales y gubernamentales, desarticulada de filosofías de la historia evangelizadoras o civilizatorias? Un *republicanismo salvaje*,<sup>12</sup> decíamos, para los tiempos de la anarquía en el marco principal nihilizado del capital, donde la soberanía efectiva se ha desplazado del Estado nacional al Capital transnacional. Un *republicanismo democrático* (articulado por un constitucionalismo salvaje, “abierto a la expresión histórica de las potencias sociales”)<sup>13</sup> frente al *republicanismo liberal* (constitucionalismo conservador-liberal, que neutraliza la participación popular y se limita juristocráticamente a la representación político-institucional). Un *populismo post-hegemónico*,<sup>14</sup> marrano o averroísta,<sup>15</sup> anárquico y diferencial respecto del *populismo hegemónico* que, por su parte, conserva la lógica política de la preeminencia y la transferencia (autoridad/subordinación; líder/pueblo). Y en cualquier caso un *republicanismo populista* que se diferencia de los populismos de derechas en sus variantes del fascismo clásico (fascismo italiano, nazismo alemán,

---

<sup>12</sup> Sergio Villalobos-Ruminott, «*Acerca de la posibilidad de una democracia salvaje*», en Revista Pensamiento al Margen, dossier “Infrapolítica y democracia, 2018, p. 33-63.

<sup>13</sup> Villalobos-Ruminott, opus cit., p. 35 y ss.

<sup>14</sup> Ibidem.

<sup>15</sup> Rodrigo Karmy, «*Fragmento de Chile*», DobleA Editores, Santiago, '2019.



franquismo español) y del neofascismo hoy proliferante (populismos neoliberales contemporáneos, como los de Jair Bolsonaro en Brasil, Donald Trump en Estados Unidos o José Antonio Kast en Chile).

Durante estos días en Chile ha quedado completamente en evidencia la composición del “partido del orden” que ejerce la violencia comisarial para proteger el orden del ensamble pinochetista entre Estado y capital. Lo componen el gobierno, la derecha tradicional y la vanguardista, pero también la derecha putativa –el neoliberalismo progresista de la Concertación, con Ricardo Lagos apoyando hoy a Piñera en su proyecto de sacar a los militares apelando a la “razón de Estado”–, e incluso esa parte del Frente Amplio que, al coquetear con lo de sacar otra vez a los militares a la calle, se confirma como renovación de la Concertación por fuera de su gerontocracia. Para el partido del orden, el cadáver institucional de Pinochet/Guzmán está por sobre la vida de quienes se manifiestan demandando un proceso de democratización de las instituciones para insuflarles vida y legitimidad.

Mientras, la potencia destituyente de la revuelta se sigue expresando como interrupción de la normalidad, como suspensión de la transferencia de autoridad y como destrucción de racionalidades naturalizadas. También como cultivo de las pasiones eróticas, alegres y solidarias en el encuentro tanto tiempo secuestrado por la máquina individualizante del reino totalitario del trabajo y la mercancía. Y asimismo como participación en los espacios de encuentro –calles, asambleas, ferias, casas, cabildos, federaciones de cabildos, etc.– en que nos disponemos a imaginar una nueva Constitución que exprese la multiplicidad de la vida en común en su radical heterogeneidad (sin dispositivo de la persona como positividad originaria), y una nueva relación entre vida y forma-ley, relación defectiva, que no se sustraiga de la dinámica historicidad de lo social y que se juegue más en el uso común de la regla que en la obediencia de un orden legal pero ilegítimo, autoritario, productivizante y sacrificial.

Svensson, preocupado por nuestra salud, diagnostica que estamos en medio de una revuelta gnóstica, y para contrarrestar esa enfermedad nos prescribe una terapia platónico-cristiana de adecuación al orden: rectitud (*orthotes*) del ver y del hablar, del actuar y del producir. Una rectitud (*orthotes*) sin acontecimiento (*khorâ*). Pues si introducimos la *khorâ* en la cuestión se abre un espacio imaginal más allá de toda *orthotes* y, en virtud de tal desarticulación entre la carne imaginante del viviente y un orden teológicamente insembrado, se desarma el texto cosmético-policia que nace del miedo a una democracia salvaje por venir.

